

Jack GOODY

Capitalismo y modernidad: El gran debate

Barcelona, Crítica, 2005, 242 pp.

Jack Goody es, en la actualidad, profesor emérito del St. John's College de la Universidad de Cambridge, donde ha sido profesor de antropología social entre 1973 y 1985. Aunque antropólogo de formación —inició su carrera con una investigación de campo en una aldea africana—, sus estudios se han caracterizado por el cruce interdisciplinar. Buen conocedor de la historia económica y social de la India, China y África, su obra ha merecido el reconocimiento no sólo de antropólogos e historiadores, sino también de economistas como Amartya Sen, Premio Nobel de Economía en 1998, que recomendaba la lectura de la misma como un excelente correctivo de la visión deformada que se tiene en Occidente de las diferencias entre el mundo occidental y el oriental.

Después de la publicación de un primer libro sobre la institución de la herencia (*Death, Property and the Ancestors: A study of the mortuary customs of the Dagaa of West Africa*), se dio a conocer en 1963 con un artículo ("The Consequences of Literacy", escrito con Ian Watt, historiador de la literatura inglesa), que fue el primero de una serie de estudios entre los que podemos destacar *La domesticación del pensamiento salvaje* (1977) y *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad* (1986). Pero lejos de especializarse en este campo y utilizando un peculiar método comparativo, su obra comprende temas tan variados como el impacto de la escritura en las sociedades, la familia, el feminismo, la cocina, el contraste entre las culturas orientales y occidentales, etc. Y en este libro retoma el difusionismo cultural que ya analizó (*The East in the West*, 1996) para concentrarse en la desmitificación del supuesto *milagro europeo* (siguiendo el título del libro de Eric Jones, criticado por Goody), de hecho debido a la influencia recíproca entre Oriente y Occidente.

El mundo occidental, entendido como el oeste de Europa y la América anglosajona, se nos presenta como la culminación del éxito económico y social. Muchos son los historiadores sociales y económicos que han pretendido explicar cuándo y por qué Europa (y la América anglosajona) comenzó a dejar atrás al resto de continentes en cuanto a crecimiento socioeconómico, dando lugar a un gran debate sobre el origen del capitalismo, de la modernización y de la industrialización. Jack Goody enumera y critica las principales teorías que han sustentado el *mito europeo*, acogido a figuras como Marx o Weber, y que han suscitado una variada discusión sobre la fecha y las causas de tal primacía.

En relación a la datación de la ventaja económica europea, que se fundamenta en la superioridad militar y en el desarrollo educativo, además de en cuestiones políticas, algunos autores han estimado que se inició con la llegada de la cristiandad o hacia el año 1000 de nuestra era. Otros consideran que la ventaja económica europea

nació con el progreso de la agricultura y las tecnologías desarrolladas durante la Edad Media. La interpretación más frecuente entiende que la superioridad se asienta en el periodo renacentista y la expansión de Europa, al traer metales preciosos de América. Y por último otros posponen la gran división hasta llegar a la Ilustración y con más frecuencia hasta la Revolución Industrial, o incluso a un período posterior, a principios del siglo XIX. En cuanto a los motivos algunos alegan que ésta fue posible por la religión cristiana, el individualismo, el clima o la herencia europea en general. Sobre el período renacentista encontramos autores que se centran en los efectos de la colonización y el imperialismo, en el impacto de la llegada del oro y la plata americanos, o del comercio oriental; apuntan las consecuencias que la Reforma tuvo sobre el desarrollo de una ética económica del ahorro y la inversión; se fijan en los avances intelectuales, científicos y filosóficos durante el Renacimiento y la época subsiguiente, cuando tuvieron lugar fenómenos realmente decisivos como la revolución científica, la adopción y mejora de la imprenta, y la Ilustración en sí, con el supuesto triunfo de la racionalidad.

Basándose en ejemplos no occidentales sobre el progreso socioeconómico y técnico, el autor contradice las suposiciones de una supremacía europea de largo plazo y de tipo cultural, tal como era y es el objetivo de muchas teorías actuales en las ciencias sociales. Bajo su punto de vista, el modelo que revela a las sociedades orientales como estancadas es un mito de Occidente, puesto que todas las sociedades han estado paralizadas en algún momento. La diferencia estructural que existía entre Oriente y Occidente es fruto de nuestro etnocentrismo. En las sociedades orientales existían instituciones y leyes comerciales que hacían posible una economía dinámica. Una percepción común, pero equivocada también en su opinión, es, por ejemplo, la que considera que la enorme población de la India y China es un síntoma de fracaso. Al contrario, poblaciones enormes como éstas confirman que las economías de esas regiones tuvieron bastante éxito porque si no la población no hubiese sobrevivido. Expone Godoy que ciertos autores han mostrado de forma clara que hasta el siglo XV China estaba mucho más adelantada que Europa en varias áreas: en la economía agrícola, en la manufactura, en el comercio de exportación y en los sistemas de conocimiento. Es verdad que a partir de esta época Europa empezó a adelantar a Asia y hay que explicar este cambio, pero no argumentando que una sociedad era dinámica y la otra no. Cuestiona que Occidente tuviera una especial predisposición para el desarrollo del capitalismo y de la modernización. La tendencia a explicar la modernidad como el fruto de pretendidas singularidades occidentales, como el individualismo, la racionalidad y la estructura familiar, ha obstaculizado el conocimiento no sólo de Oriente sino también de nosotros mismos. Se convirtió en un concepto más o menos aceptado que los europeos descubrimos el capitalismo y la modernidad porque somos únicos. Sugiere el autor que esto podría ser verdad si pensamos en el capitalismo industrial pero no en el capitalismo mercantil, que era igual o mayor en

Oriente que en Occidente durante los siglos XIV, XV y XVI. Y en cuanto a la modernización, las cosas están continuamente transformándose, y, a partir de un punto de vista general, es fácil verificar que determinadas sociedades que estuvieron en la vanguardia de la modernización en una época cedieron el lugar a otras en otro momento. Insiste así Godoy en la necesidad de los estudios comparativos, porque ninguna afirmación podrá hacerse sobre la economía occidental, la familia y la infancia sin que se examine la situación de otras culturas. En los estudios de la familia, en particular, predomina la creencia de que los modelos europeos eran muy diferentes de los asiáticos y que fue esta especificidad la que promovió la modernidad y el capitalismo. Pero el caso es que nos vemos obligados a modificar constantemente esa idea y ajustar la teoría para interpretar el desarrollo en otras zonas.

En síntesis, Goody rechaza esta visión eurocéntrica. El hipotético *milagro europeo* no radicó en una quiebra de la continuidad histórica, sino en un proceso progresivo de cambio constante cuyos orígenes temporales se remontan en mil años al menos, sin que haya terminado de desarrollarse por completo. Además, sus inicios geográficos tampoco hay que situarlos en Europa, pues la mayoría de ellos procedían de Asia. No obstante, el autor sí reconoce a Europa, por un lado, la aplicación de los inventos orientales a un militarismo que le permitió colonizar al resto del planeta y, por otro, el haber albergado las primeras concentraciones de manufacturas urbanas en la revolución industrial inglesa. La idea de excepcionalidad de Europa extrapoló los límites y generó incomprendiciones. En vez de manifestar la particularidad de Occidente, deberíamos hablar de la singularidad de Eurasia y de la contribución especial de Asia en este binomio. La divergencia llegó con la Revolución Industrial y las primeras revoluciones burguesas no fueron más que una expresión, entre otras, del desarrollo mercantil y de la actividad manufacturera de Eurasia.

Por último, el autor no admite la existencia de ningún elemento europeo de índole cultural que estuviera igualmente presente en las demás zonas. De modo que ni habría tal milagro ni sería europeo, sino un proceso recíproco de difusión innovadora que habría ido emergiendo de las grandes redes de intercambio entre Oriente y Occidente.

En resumen, se trata de un libro de lectura obligatoria que refuta las creencias etnocéntricas del excepcionalismo occidental.

Marta Santos Sacristán
Universidad Rey Juan Carlos, Madrid